

LA ENTREVISTA NIXON-MAO TSE-TUNG:

¿Un Yalta sino-norteamericano?

JOSÉ THIAGO CINTRA

El Colegio de México

LAS DECLARACIONES del presidente Nixon, emitidas desde la Casa Blanca del Oeste, en San Clemente, el 15 de julio de 1971, comunicando la decisión presidencial de llevar a cabo una entrevista con el presidente Mao Tse-tung en Pekín, antes de mayo de 1972, provocaron un gran impacto en la opinión pública mundial. Los primeros sorprendidos fueron los mismos asesores presidenciales de Nixon, a excepción de su consejero para asuntos de seguridad nacional, el Prof. Henry A. Kissinger, el secretario de Estado Rogers, Charles Bray y otros pocos allegados a la Casa Blanca. Todo indica que inclusive el propio gobierno japonés —cuyos intereses en Asia se encuentran en íntima vinculación con las directrices norteamericanas— fue informado tres minutos antes del anuncio. El descontrol alcanzó incluso a los medios intelectuales profesionalmente interesados por el desarrollo de las relaciones internacionales de China.

El impacto de las primeras horas siguió prolongándose por semanas. Destacados periodistas internacionales como K. S. Karol y Jean Lacouture (*Nouvel Observateur*), James Reston (*New York Times*) y otros, buscaron en sucesivas entrevistas con el Primer Ministro Chou En-lai explorar las razones de la anunciada entrevista y descubrir los posibles temas que se incluirían en la agenda de conversaciones entre los dos mandatarios. Días después del anuncio oficial, Chou En-lai tuvo la oportunidad de mantener una plática de cuatro horas aproximadamente con los representantes del "Committee of Concerned Asian Scholars" (CCAS) integrado por jóvenes intelectuales norteamericanos especializados en China.

Del conjunto de las entrevistas mantenidas con el Primer Ministro chino, algunos elementos fundamentales se destacan como denominador común a los intereses y objetivos de la política exterior de la República Popular China: la cuestión indochina es un asunto que deberá ser resuelto con los pue-

blos indochinos. El gobierno norteamericano deberá acatar los puntos presentados en las pláticas de París por la señora Nguyen Thi Binh, representante del Gobierno Revolucionario Provisional del Vietnam del Sur (GPR). China insiste en rechazar cualquier posibilidad de aceptar las tesis de las "dos Chinas" o de "una China" y "un Taiwán". Reafirma a la vez que Taiwán es parte del "territorio sagrado" de China. La cuestión de "Formosa" es un asunto que compete exclusivamente a la República Popular China. Por consiguiente, China no admite ningún arreglo que condicione su ingreso a las Naciones Unidas a la aceptación de la tesis de "dos Chinas" y, además, exige el retiro de las tropas norteamericanas estacionadas en Formosa y el abandono del estrecho del mismo nombre, por parte de la 7ª flota americana. Finalmente, el gobierno chino muestra su preocupación por el rampante armamentismo japonés y por el ya existente "militarismo japonés".

No obstante, las afirmaciones del premier Chou En-lai no revelan ningún dato nuevo en la política exterior de China. Todos estos elementos que acabamos de indicar, son una síntesis de los temas a que se refieren diariamente los líderes chinos a través de sus voceros oficiales y de los órganos de divulgación chinos: el *Renmin Ríbao*, el *Honqi*, el *Jiefangjun Bao*, el semanario *Pekín Informa*, Radio Pekín y la Agencia Sinjua. En verdad, el ministro Chou En-lai no hizo tácitamente ninguna referencia o mención a una posible estrategia en los temas de la futura entrevista.

El gobierno soviético se mantuvo cauteloso en las primeras horas. La primera reacción soviética vino el 22 de julio a través del semanario *Tiempos Nuevos* que acusa a China Popular de representar un peligro para la paz mundial. Dijo textualmente que "los que se dejan arrullar por ilusiones a propósito de la política de Pekín e incluso hacen suyos los delirios maoístas de poner punto final al 'monopolio de dos superpotencias', tomarán conciencia de ellos en el futuro". El influyente órgano soviético *Gaceta Literaria* consideraba el 21 de julio, que el viaje de Nixon a Pekín con el propósito de un acuerdo sino-norteamericano "nada tiene en común con una genuina preocupación por la paz y la comprensión internacional". Tan sólo el 24 de julio, *Pravda* hace su primer comentario con mucha reserva, en espera de una evolución de los acontecimientos. Entre los cinco o seis comentarios posteriores de la prensa

soviética, oscilantes entre la expectativa, la desconfianza y el ataque, se destaca el comentario de *Pravda* (agosto 9) en que considera que la “política de la mano extendida iniciada recientemente por los Estados Unidos con respecto a la China es una puñalada en la espalda al Japón”. Seguramente, los soviéticos trataban de explorar el descontento y la inquietud surgida en los círculos nipones. Desde Moscú, el comentario de Giuseppe Josca en *Pravda*, considera que “Moscú espera evidentemente que la sacudida dada al complejo juego diplomático mundial por las perspectivas de diálogo chino-norteamericano pueda provocar la alienación del Japón a favor de la Unión Soviética, desilusionado e irritado por los norteamericanos”. En la edición del 13 de agosto, *Tiempos Nuevos* reitera su crítica y dice que “con la ayuda de Pekín el imperialismo se esfuerza ahora por obtener lo que en vano había tratado de conseguir durante largos años, cuando sólo contaba, por así decir, consigo mismo”.

A su vez, el gobierno norteamericano, al hacer público el anuncio, informó no desear hacer mayores declaraciones con el propósito de no dificultar y entorpecer el buen éxito de las futuras pláticas de Pekín. El presidente Nixon, al entrevistarse el lunes 19 con los dirigentes del Congreso, explicó que China no tenía la costumbre de resolver sus asuntos diplomáticos en la plaza pública y que indiscreciones prematuras sobre las discusiones que precederán su viaje podrían comprometerlo todo. Sin dejar de ser una extraña coincidencia, el senado norteamericano, por conducto de la Comisión de Relaciones Exteriores aprobó el 21 de julio —dos días después de las declaraciones de Nixon al congreso— la derogación de la llamada “resolución de Formosa” que había sido aprobada el 29 de enero de 1955. Según aquella resolución, se manifestaba el apoyo del Congreso al empleo de fuerzas armadas de los Estados Unidos en la protección de Taiwán.

El gobierno americano prefirió mantener conversaciones por separado con los diplomáticos asiáticos en Washington: Anatoly Dobrynin de la URSS y Chiang Kai-Chek de Formosa. En vista de la próxima asamblea general de las Naciones Unidas, estas pláticas y consultas deben ocupar ahora las agendas de trabajo de los altos dirigentes norteamericanos. En el aspecto práctico, al anuncio de William Rogers (2 de agosto) sobre el apoyo de los Estados Unidos al ingreso de China a las Nacio-

nes Unidas con base en la tesis de las "dos Chinas", siguió la solicitud formal en ese sentido, del representante de los Estados Unidos en las Naciones Unidas, George Bush, el 17 de agosto. Tanto en la declaración de 600 palabras leída por Rogers el dos de agosto y más aún, en la petición formal de Bush para que se inscriba en el orden del día de la próxima asamblea general el tema de la representación China en la ONU, hay bastante ambigüedad. Esta última deja al criterio de la Asamblea General el asumir una mayor responsabilidad en la resolución, al declarar que la ONU "debería ocuparse del problema de la representación china en las Naciones Unidas, en forma justa y realista".

Tal vez como consecuencia del tono y del estilo no cambiado que revelan las declaraciones chinas de los días que sucedieron al anuncio oficial, el Secretario de Estado Rogers, en un discurso pronunciado en Houston el 31 de agosto, declaró que "la actual política china hacia Norteamérica continúa reflejando hostilidad, desconfianza e incomprensión, pero nuestro Presidente está listo para hacer un esfuerzo en interés de la estabilidad y de la paz del mundo".

En cuanto al gobierno japonés, sus reacciones han sido muy imprecisas y totalmente desprovistas de una "espinas dorsal" que pudiera revelar una cierta independencia en política exterior, principalmente, al tratarse de un asunto en que sí está en juego la posición del Japón en el Asia. Sus reacciones favorables a un restablecimiento de relaciones con Pekín se devalúan frente al *fait accompli* inaugurado por los Estados Unidos. Tan sólo en Washington, se puede apreciar una reacción más independiente a través de las declaraciones del embajador nipón, Nobuhiko Ushiba, el 13 de agosto. En sus declaraciones Ushiba hace eco al comentario de *Pravda*, citado anteriormente: considera él que China Popular está tratando de desbaratar las relaciones entre el Japón y los Estados Unidos, y busca como propósito fundamental en estos momentos, aislar al Japón.

La República Democrática del Vietnam no ha reaccionado frente al comunicado. Según fuentes informadas, el gobierno chino tuvo tiempo de movilizarse para mantener informados a los gobiernos de Vietnam y de Corea del Norte. El periódico londinense *The Observer*, en su edición del 17 de julio divulga una información que atribuye a fuentes rumanas.

Según ella, "Nixon podría llegar a Hanoi después de su viaje a Pekín. Durante la visita del mes pasado (junio) a China y Vietnam, el presidente rumano N. Ceausescu presentó a los dirigentes de ambos países una serie de propuestas de la Casa Blanca para el mejoramiento de relaciones". Sin embargo, se indica que hasta la fecha los medios de información norvietnamitas todavía no han comunicado oficialmente la entrevista Nixon-Mao.

El anuncio anticipado de la entrevista le confiere la característica propia de un "balón de ensayo" que permitirá a los dueños de la iniciativa observar las reacciones y acciones que se presentan en el campo de las relaciones internacionales en el reacondicionamiento de posiciones que puedan asumir naciones o bloques de naciones. Sin intentar una explicación según la lógica causal de un *post-hoc, propter hoc* (después de esto por causa de esto), tal vez deberían tomar otro giro las conversaciones soviéticas en el SALT que se realizan actualmente en Helsinki en los mismos resultados de las conversaciones cuatripartitas sobre el problema de Berlín, en las pláticas del desarme en Ginebra y en las de París sobre la Guerra del Vietnam.

Las posiciones contraofensivas empiezan a ser tomadas por la diplomacia soviética, la más interesada y las más inquieta frente al giro mundial que pueda provocar el encuentro Nixon-Mao. A menos de un mes del anuncio San Clemente-Pekín, el Secretario de Relaciones Exteriores de la URSS, Andrei Gromyko se marchó el 8 de agosto en visita oficial a la India. El día siguiente, 9 de agosto, la URSS y la India firmaron un "Tratado de Amistad y Cooperación" por 20 años, comprometiéndose a tomar "adecuadas y efectivas medidas" si una de las partes es amenazada o atacada. Además, el tratado estipula que la Unión Soviética proporcionará a la India cantidades adecuadas de "armamentos modernos" para hacer frente a cualquier amenaza a su seguridad. Pocos días después, el 13 de agosto, el Tratado fue ratificado en Moscú y en Delhi por los respectivos presidentes, Nikolai Podgorny y V. V. Giri. Las reacciones mundiales son prudentes: el bloque socialista que gira alrededor de Moscú presta su total apoyo mientras que Washington por vía de fuentes extraoficiales admite la posibilidad que la firma del pacto trate de contrarrestar la política de la

administración Nixon hacia China. El enviado de AFP en Delhi, Jean Vincent comenta que “pese a las declaraciones de Swaran Sing subrayando que ‘la India sigue siendo como antes, ardiente partidaria de la paz mundial’, la alianza militar soviético-india parece señalar indirectamente la muerte del tratado de amistad y asistencia mutua firmado en febrero de 1950 por China y la URSS, tras negociaciones directas entre Mao Tse-tung y Stalin.

Mientras la primer ministro Indira Gandhi declaraba ante cerca de un millón de personas que el tratado entre su país y la URSS no cambiará la política de “no alineamiento” de la India, añadiendo que el tratado “abrirá la vía para otros acuerdos similares con los países amigos”, el ministro de relaciones exteriores Swaran Singh se disponía a marchar a Singapur el 15 de agosto en donde hizo declaraciones a la prensa alusivas al reciente pacto firmado con la URSS.

En el marco de esa ofensiva diplomática soviética, se anunció oficialmente el 29 de agosto en Moscú, la visita del Presidente Nikolai Podgorny en septiembre próximo a la República Democrática del Vietnam. Los comentaristas y observadores daban a entender que la Unión Soviética quiere adelantarse a un probable Yalta Chino-Norteamericano.

Cabe resaltar que el anunciado diálogo de los mandatarios chino y americano ha dejado en desconcierto a los movimientos de liberación nacional que se libran en diversos países del mundo. No obstante, Pekín no ha cambiado su tono de voz ni el estilo de sus comentarios oficiales. Los últimos números de *Pekín Informa* siguen manteniendo la misma tónica anti-imperialista y de total apoyo a los movimientos revolucionarios de Asia, África y América Latina. No se han cambiado las directrices en materia de política interna y externa. El Gobierno chino se mantiene fiel a la línea del Noveno Congreso del Partido Comunista: se busca la consolidación de la Revolución Cultural y se llevan a cabo las tareas del plan quinquenal. Se prepara la estrategia de un avance diplomático en los Balcanes —a pesar de las advertencias soviéticas— con la proyectada visita de Chou En-lai en el próximo otoño a Yugoslavia, Rumania y Albania. Se renuevan acuerdos comerciales y se establecen relaciones diplomáticas con nuevos países. Se ofrece todo el apoyo al príncipe Sihanouk como Presidente del FUNK de Cambodia (Frente Unido Nacional Kampucheo). Siguen los

contactos y el estrecho apoyo al gobierno Pakistano y se ataca duramente al Gobierno de la India. Se firman comunicados conjuntos con las Repúblicas Democráticas de Corea y del Vietnam y, más recientemente, con Albania y Argelia. Se llega a un nuevo acuerdo comercial extraoficial con el Japón a través de un memorándum que se firma en Pekín el primero de marzo de este año. Se denuncian, en fin, las agresiones norteamericanas en Indochina y su política de expansión en las operaciones militares que realiza en el área. En realidad, Pekín no da ninguna muestra de cambio que revele la mínima concesión en el campo del avance de sus propósitos revolucionarios.

Como un hecho nuevo, cabría mencionar la apertura de la República Popular China hacia los visitantes norteamericanos. Hecho que se ha podido observar con la visita de los jugadores de tenis de mesa, que se conoce como la "diplomacia del ping-pong". Algunos observadores consideran que esta apertura tiene por objeto facilitar el cambio de mentalidad de gran parte de la sociedad norteamericana con respecto a China y al Asia. Esto tiene fundamento, si se considera que los ciudadanos norteamericanos estuvieron por mucho tiempo influidos por una campaña publicitaria que tenía por meta justificar la política norteamericana de contención del peligro comunista en Asia.

Con relación a la Unión Soviética, el Gobierno chino no ha alterado su posición. Sigue señalando el peligro del "revisionismo" y del "socialimperialismo" de los dirigentes soviéticos como una amenaza para el socialismo mundial. No obstante la disminución de la tensión provocada por los conflictos fronterizos de 1969, a partir de la invasión de la isla de Chempao en el Ussuri, los chinos siguen alertando a la opinión mundial sobre los intereses expansionistas soviéticos a lo largo de sus fronteras.

Las acciones soviéticas, al nivel mundial de sus relaciones económicas, políticas y militares son seguidas atentamente por el gobierno chino. La ayuda económica soviética a algunos países de América Latina (Colombia y Brasil), los acuerdos económicos con Alemania Occidental para la creación de un oleoducto a través de los países de Europa Oriental y los mismos acuerdos comerciales o de cooperación económica a largo plazo, mediante contratos de inversiones industriales con Italia, Francia y Estados Unidos en occidente y, principalmente, con

el Japón en el oriente, son duramente criticados y considerados como una colusión de los intereses del capital monopolista mundial con las teorías económicas emanadas del "socialimperialismo" soviético.

Pekín insiste en denunciar los múltiples acuerdos firmados en los últimos años entre soviéticos y japoneses con el propósito —así lo consideran los chinos— de establecer un cerco económico-militar alrededor de la República Popular China. Como es sabido, la Unión Soviética se ha interesado enormemente en facilitar grandes inversiones japonesas en el área de Siberia con el objeto de explotar las riquezas madereras, los yacimientos de cobre y de petróleo, a cambio de una tecnología más avanzada para la construcción de puertos en la región y de otras facilidades estratégicas en el mar del Japón. En los últimos años, misiones soviéticas han sido encabezadas por D. M. Gvishiani, vice-presidente del Comité Estatal de la Ciencia y la Técnica del Consejo de Ministros de la URSS (noviembre 19-27 de 1969), por Timofeyev, Ministro de la Industria de Madera (julio de 1969) y, más recientemente, la misión Novikov (abril de 1970) con el doble propósito económico-militar. Este último llegó a ser el portador de una carta de Podgorny proponiendo al primer ministro Sato la firma de un Tratado de Paz con el Japón.

Sin embargo, hay dos elementos en la actual movilización estratégico-militar de la Unión Soviética en el Asia del Pacífico y del Índico que no dejan de causar una constante aprensión por parte del Gobierno chino: la apertura de la ruta marítima que en forma de arco se extiende desde los puertos de Siberia —Jaishenwei— para encontrarse en el Índico con la ruta del Mar Negro, el Mediterráneo y el Atlántico Sur. A esa presencia y consolidación de una flota soviética permanente en los mares del Pacífico Occidental y del Índico, se agrega a nivel diplomático, la estrategia recientemente inaugurada (junio de 1969) por la doctrina Brezhnev-Kosiguin del "sistema de seguridad colectiva en Asia" acoplado con el plan de "cooperación económica regional" que preconiza la creación de una "ruta terrestre" desde la Unión Soviética.

En lo que se refiere al control marítimo, los temores de China fueron compartidos por algunos de los ministros participantes en la última junta de la Comunidad Británica realizada en Singapur a mediados de enero de este año. En lo que

toca a la doctrina Brezhnev, los chinos la denuncian como un remedo de la doctrina Dulles para el Asia, con idéntico propósito de "intensificar su diplomacia de contención a China", según el periódico japonés *Asahi Shimbun*.

Por cierto, habría que destacar la adhesión de la India al plan Soviético y el papel desempeñado por la primer ministro Indira Gandhi, como portadora e intermediaria junto a Tokio y Yakarta, al entrevistarse con sus gobiernos durante una gira que se prolongó del 23 de junio a principios de julio de 1969. En Tokio ella tuvo la oportunidad de intercambiar ideas sobre el Consejo de Asia y del Pacífico (ASPAC) del primer ministro Sato y, además, obtuvo las seguridades de una visita del canciller Kiichi Aichi a Moscú en septiembre de aquel año.

Aún con referencia a una confrontación de carácter geopolítico, la República Popular China no ha dejado de molestarse visiblemente por la continuada expansión de los llamados planes quinquenales de defensa que han sido realizados por el Japón. Consideran como auténtica falacia el argumento japonés que muestra al Japón como uno de los países que menos recursos dedica a la defensa, es decir, el 0.9 % de su PNB que, en realidad lo sitúa en términos absolutos, entre los países que más gastan en armamentos. El actual plan quinquenal (1972-76) está presupuestado en 16 000 millones de dólares. El gobierno chino sigue poniendo alerta a los demás países contra el supuesto plan del actual dirigente de la Agencia de Defensa, Nakasone, de llevar a cabo la tarea de reavivar y concretar los ideales de la antigua "Esfera de coprosperidad de Asia Oriental". Entre los argumentos señalados, Chou En-lai reveló a los periodistas que lo entrevistaron recientemente, que la industria cinematográfica japonesa se ha lanzado en una campaña de producciones de películas cuya temática trata de crear en la mentalidad del pueblo japonés y de otras naciones, una visión corregida y rehabilitada de los cabecillas del Japón de pre-guerra.

Frente a los resultados de las conversaciones de Washington entre Nixon y Sato (noviembre de 1969) y de los posteriores acuerdos habidos respectivamente en Tokio y Washington sobre el futuro *status* de Okinawa, el gobierno chino no ha dejado de denunciar el peligro que significa para la seguridad del Asia, la proyectada "devolución" o "reversión" de Okinawa al Japón en 1972. En realidad, según informó el *New*

York Times (abril 25, 1971), hubo un convenio secreto entre los Gobiernos del Japón y los Estados Unidos, por el cual se ha autorizado a los Estados Unidos trasladar temporalmente armas nucleares al Japón, además de permitir que los buques de la armada norteamericana hagan escala en puertos japoneses mientras estén armados con ojivas nucleares. Prevé también el convenio secreto que aviones norteamericanos equipados con bombas nucleares aterricen en el Japón cuando estén realizando vuelos de patrullaje.

Al intentar comprender las circunstancias en que se está engendrando la nueva estrategia de la política exterior de los Estados Unidos, bajo la "Doctrina Nixon", no se puede perder de vista que esa doctrina nace en circunstancias extremadamente negativas para los Estados Unidos: el reconocido desastre de la empresa agresiva en la Guerra de Vietnam con el fracaso de la extensión de la guerra a Cambodia y Laos y el estado crítico en que se encuentra la economía de los Estados Unidos.

Por cierto, la "doctrina de Guam" —que los asiáticos luchan contra los asiáticos— y su realización en la "vietnamización de la guerra" acompañada de las insistentes declaraciones en el sentido de cambiar la orientación y la intensidad del compromiso americano en Asia, podrán converger en la entrevista Nixon-Mao, como el resultado del reconocimiento norteamericano de que toda su estrategia para el Asia sería vana si no recurre a China Popular.

Las dos partes coinciden en un estado de conciencia común: los Estados Unidos tienen conciencia del fracaso de su política en Asia y los chinos lo reconocen e incluso, lo pregonan.

No hay cartas ocultas en el juego. Además, las partes interesadas y con posibilidades de tomar posiciones (Unión Soviética, Japón, China y Estados Unidos) disponen de muchísimas posibilidades para la toma de posiciones en el tablero de los acontecimientos en Asia.

Sin embargo, buena parte de estas posibilidades existentes a un nivel teórico, se ven afectadas y reducidas en razón de un *statu quo* imperante en el Asia actual y que ha sido fruto de condiciones históricas que se alteraron significativamente. Las actuales relaciones internacionales en el Asia son el fruto y la

consecuencia de una estrategia que fue diseñada por la Doctrina Dulles en la década de los 50. Al principiar aquella década, acababa de triunfar la Revolución Comunista en China bajo la dirección del Ejército Popular de Liberación con la toma del poder en octubre de 1949; en febrero de 1950 se firmó el Tratado Sino-Soviético de Amistad y Ayuda Mutua y, en junio 25 de aquel año, estalló la guerra de Corea. Estos tres episodios de gran importancia, aunados al despertar del ímpetu nacionalista de los países del Sudeste de Asia en contra del colonialismo europeo, llevaron al entonces Secretario de Estado, John Foster Dulles a una estrategia de contención del peligro comunista en Asia y principalmente de parte de China.

Según esa política de contención del avance del comunismo, se firmó el Tratado de Seguridad Mutua entre Estados Unidos y Japón (septiembre 8, 1951), se envió a la séptima flota de los Estados Unidos al estrecho de Formosa y empezaron las ayudas militares al régimen de Chiang Kai Chek. Se instalaron bases norteamericanas en Okinawa y en el territorio japonés; se afianzaron tratados de seguridad con Corea del Sur y Formosa y se contestó a los acuerdos de Ginebra (1954) con la creación de la Organización del Tratado del Sudeste de Asia (SEATO) (Tratado de Manila de 1954).

No obstante, Asia pasó por importantes cambios en sus relaciones intrarregionales e internacionales: la agudización del conflicto sino-soviético redujo prácticamente a letra muerta el acuerdo de 1950; bajo el "paraguas atómico" de los Estados Unidos, el Japón se vio situado como blanco soviético en caso de cualquier conflagración. Al restablecer sus relaciones diplomáticas con la URSS (enero de 1956), los japoneses lograron relativa seguridad. No obstante, con el ingreso de China Popular al Club Atómico (1964), el Japón pasó a ser el blanco principal, frente a su posición de aliado y "protegido" por el paraguas atómico de los Estados Unidos. A su vez, en términos de política exterior orgánica, el Japón tuvo que lanzarse a la "diplomacia económica", cuyos resultados empezamos a cosechar frente a las crisis monetarias y económicas de los propios socios y protectores del Japón.

Para los Estados Unidos, además de las implicaciones extremadamente críticas en sus relaciones con China Popular (aspectos político-militares) y con el Japón (aspectos económicos), la guerra del Vietnam representa el corolario más fatal de la

Doctrina Dulles: el total fracaso militar y una terrible crisis económica y social.

Es decir, en la agonía de la Doctrina Dulles nace la Doctrina Nixon. Por cierto representa el momento más desventajoso para una estrategia diplomática que trate de asegurar una posición de fuerza en ese cambio necesario de una política exterior. La República Popular China y la Unión Soviética tienen plena conciencia de esto. No obstante, frente a los soviéticos, los chinos se encuentran en una posición más ventajosa. Por un lado, porque los chinos pertenecen por razones geopolíticas al escenario mismo de los hechos y, por otro, representan ahora, por paradójico que parezca, el mejor de los "grandes" para los Estados Unidos en Asia.

Al retirarse de Asia, como lo pretenden y lo necesitan hacer, los Estados Unidos no podrán entregar confiadamente las rentas de una posible hegemonía y control sobre el área al Japón. La alianza es grande pero la desconfianza es mayor. Liberar al Japón, en la hora presente, sin cuidar de crearle los suficientes obstáculos sería muy arriesgado para el propio futuro de los Estados Unidos. Es decir, Washington tratará de dificultar la hegemonía japonesa en el Asia. La anunciada búsqueda de Pekín, significa la rotura del sistema bipolar. Por consiguiente, es obvio que los Estados Unidos harán todo lo que esté a su alcance para evitar que el vacío del área sea ocupado por la Unión Soviética.

Resta pues el enemigo que, en esta hora, puede hacer frente al Japón y a la Unión Soviética: la República Popular China. Washington no podrá abandonar la vieja doctrina Dulles y asumir la nueva Doctrina Nixon sin antes allanar el camino de sus relaciones con la República Popular China. El destino del Asia no es Formosa, ni es Indochina, ni es Corea. Estas situaciones, que ahora parecen sin posibilidades de arreglo, tendrán que conformarse a la jerarquía de los intereses mundiales de los Estados Unidos. El compromiso americano consigo mismo es una retirada de Asia; frente a él no habrá peso que mantenga ninguna de aquellas posiciones. En esa línea de afirmación, obedeciendo tal vez a un presentimiento intuitivo, declaraba en su edición del 17 de julio, el periódico saigones *Chinh Luán* que "Washington sacrificará a Vietnam del Sur en aras de sus relaciones con Pekín...".

Si los americanos pudieran comprender la política exterior

de China como un corolario del pensamiento de Mao Tse-tung —es decir, una política basada en una ideología práctica que no implica necesariamente una exportación de revolución, porque las revoluciones nacen en el marco de las realidades de cada país— o, inclusive, si buscaran las raíces históricas del sistema de una “familia confucianista de naciones”, habrían de sentir cuan equivocada fue la doctrina Dulles frente al comunismo en Asia, antes que ésta les hubiera costado tan caro en la práctica: La intención no-intervencionista del pueblo chino y su gobierno se puede ver en la siguiente declaración del primer ministro Chou En-lai, en ocasión del mitin celebrado en Pekín durante la visita del presidente Ceausescu de Rumania. Dijo el ministro que “el pueblo chino se adhiere siempre al internacionalismo proletario, se opone a que el grande oprima al pequeño y el poderoso atropelle al débil, y está por la igualdad entre los países, grandes o pequeños. En las relaciones entre los países con sistemas sociales iguales o distintos, hay que observar estrictamente los principios del respeto mutuo a la integridad territorial y la soberanía; no-agresión recíproca, no intervención en los asuntos internos, de un país por parte de otro; igualdad y beneficio recíproco y coexistencia pacífica. China no actuará jamás como una ‘superpotencia’, ni ahora ni en el futuro. Siempre estamos al lado de los países y pueblos oprimidos y nos oponemos resueltamente a la política de fuerza de las ‘superpotencias’.”

Al tratar de señalar una de las posibilidades que pueda asumir la toma de posiciones y el reacomodo de fuerzas en el juego de las relaciones internacionales a partir de un único elemento fáctico —la entrevista Nixon-Mao Tse-tung— no sin temeridad, nos aventuramos por el camino del pronóstico. Considero que esta incursión en la futurología no es tarea fácil en estas circunstancias y frente a los límites reducidos de este comentario. Queda abierto el camino para otros muchos comentarios con posibilidades de explorar otras direcciones dentro y fuera de esta hipótesis. El conjunto de estas exploraciones podrá ofrecer una visión más segura de la difícil estrategia diplomática mundial para las próximas décadas.